



(Continuació)

DE AQUELLOS TIEMPOS

En el número de la pasada semana, ÀNCORA publicó un artículo del amigo Descayre. No es ésta la primera vez que nos ponemos frente a frente él y yo sobre algo que en el mismo insinúa; pero esta vez no pretendo, ni por asomo, rebatir nada de lo que extrae de sus recuerdos, antes al contrario, ya que sintiéndome aludido, voy a mirar si aclaro una vez más eso del bautizo de la "Costa Brava", la única costa brava que en su mítico amor al terruño, reconoció como tal, el fino poeta gerundense Fernando Agulló, el Pol de "La Veu de Catalunya".

Yo creo, amigo lector, que muchos recordarán los primitivos "Baños San Telmo", en aquella época en que los regentaba el señor Donato. Eramos pocos los clientes asiduos a su bar-café, pero esos pocos —yo era entonces muy joven y mucho más trapaceo que ahora— nos reuníamos, los mayores, alrededor de una mesa cercana a una ventana cara a nuestra playa y paseos. Los más jóvenes como queríamos deleitarnos con la conversación de los mayores, en otra la más cercana posible a los hombres de pro, como hubiera dicho Pereda.

Allí aprendimos de política, de historia local, de casos y cosas, y algunas veces, sabíamos algo de poesía.

Porque aquella tertulia de los mayores solían formarla hombres de solera tal como José Palahí, Luis Casas, Fernando Agulló, Donato y algún otro que en el transcurso de los años se me ha olvidado muy a pesar mío.

Fernando Agulló, que amaba Sant Feliu de forma muy entrañable, nos visitaba casi continuamente a pesar de que ya su ciudad de verano era la nuestra. En otoño, en invierno, en primavera, un día sí y otro también, lo teníamos entre nosotros. Y su rincón predilecto —como más tarde lo fue de Pompeyo Crehuet— a más de aquella Peña de amigos, era la montaña de San Telmo, como la conocíamos entonces, y de la montaña, aquel rincón de su Ermita.

En aquellas ya lejanas fechas, la Ermita aún no había sido restaurada; por tanto la balastrada actual que la circunda era desconocida y en su lugar, cara a Tossa, existía una pared en la que se había construido algo así como un banco de piedra y ladrillo al final del cual estaba rematado por enorme mojon que, según se nos decía, había servido en tiempos heroicos para encender en el mismo unas hogueras por las cuales se avisaba a los habitantes de la entonces villa de Sant Feliu de Guixòls, de peligros, naufragios, etc., etc. En la época que yo rememoro, existían señales de unas horquillas de hierro, y un asta que según parece, sirvió, en tiempo más apacibles, para una bandera.

Al otro lado de la Ermita y también colgada de la Peña, sobre el mar y cara a Tossa, existía la ya ruinosa vivienda de un viejo ermitaño...

Pues bien, volviendo a la tertulia del bar-café de los Baños San Telmo, diré que aún me parece ver que mientras estábamos tomando nuestro habitual café mayores y jóvenes, se abrió de pronto la puerta y se nos presentó Agulló con unos ímpetus extraordinarios, con faz de iluminado y, dirigiéndose nervioso a sus amigos que hacía dos días no le veían, les espetó, sin más preámbulos, algo parecido a esto:

¿Queréis, amigos míos, ser participantes de un bautizo de algo que os extrañará pero que para mí es lo más bello, más grande que tiene la costa catalana?

La tarde es a propósito, ese cielo plomizo —estábamos en pleno otoño—, esa niebla que todo lo envuelve, ese mar nervioso que estalla en purísima espuma... ¿Qué, venís? Estoy seguro que no os pesará.

Y después de muchas bromas y risas, tres o cuatro de sus amigos —Donato, Casas, Palahí y quizás uno o dos más— se levantaron y se dispusieron a acompañar al vate para efectuar aquella ceremonia que les había propuesto.

Antes de emprender la marcha, fuimos invitados un íntimo amigo mío y yo a acompañarles. Este, no pudiendo eludir ciertas obligaciones, no vino, yo, que para desentrañar misterios era capaz de eludirlas todas, tomé el portante y ya me tienen ustedes detrás de aquel grupo de buenos patricios, cubriendo los cien metros en pendiente, cara a la vieja ermita del Santo hace poco recién restaurada en su altar.

Y allí llegados, nos mete Fernando Agulló en el indicado rincón del banco y del mojon, da vuelta cara a Sant Feliu, extiende el brazo y, con voz emocionada, dice: Fijaos, amigos míos, Sant Feliu, bajo este velo azulino de la niebla, acunado por esta montaña tan llena de historia, con su inigualable bahía, cuán bello es; corran la vista, y más acá de los Baños, las rocas de Santa Rosario, Sang i Fetge, les Planetes, els Penjats, Port-Salvi, Punta de Garbí, S'Adolix, cala de San Telmo, y... esos únicos, incomparables, imponentes veintidós kilómetros de peñascales. ¿No creen ustedes que a ese diorama debería bautizarse como Dios manda y se merece, ya que en toda la Costa no existe nada igual? Esa niebla suave, ese color del mar, esos rojos peñascales, esa espuma de blanco purísimo que producen las olas al romper en los cantiles y playas pequeñas, ¿no merece figure en los mapas con un nombre? Francia lo dio a su Costa Azul, ¿ésa, no podríamos llamarla "Costa Brava"?

* * *

Esto es lo que más o menos recuerdo de aquello a lo que en principio no di mucha importancia. La prensa barcelonesa, a los pocos días, se ocupó, particularmente "La Veu de Catalunya", del sueño ya casi hecho realidad, del poco recordado Pol. Se discutió mucho, pero Fernando Agulló se salió con la suya, quedando bautizada para siempre como "Costa Brava" esa imponente erosión que empieza en el Castellar y termina en la Vila Vella de Tossa.

Más tarde, otros fueron adaptándolo con más o menos propiedad, hasta llenar todo el litoral gerundense. Pero conste que lo que bautizó Fernando Agulló fue aquello, lo que le tenía el corazón robado, lo que verán ustedes tanto en días de sol, como entre niebla, chubascos, o trepidos temporales de levante. Y si no lo creen, súbense, despacito, hasta el lugar donde dormita solitaria la coquetona ermita de San Elmo y hagan lo mismo que él dijo a sus amigos que hicieran y se convencerán.

P. R. R.
(ÀNCORA, 10-11-55)

POL Y SU COSTA BRAVA

Que lo debido hay que pagarlo, es obvio; y con mayor motivo aún, si cabe, cuando de deudas de gratitud tratase, pues que atenderlas a nadie arruinan y sí, en cambio, a todos favorece su justa cancelación.

Viene el obligado preámbulo a cuento, en vista de esa especie de apremiante "Santo y seña" que en ÀNCORA está encontrando su más análoga caja de resonancia, con el que preténde dar fe pública y notoria del afortunadísimo hallazgo que indudablemente representó para todo este nuestro litoral gerundense el que, según nos cuenta el señor "P. R. R.", un buen día —y de invierno, por más señas, que tomen nota de ello los que aún creen que sólo se nos puede visitar en canícula— don Fernando Agulló, aquel celebrado "POL" del, como él, desaparecido diario catalán "La Veu de Catalunya", entusiasmado por la innegable grandiosidad natural del cuadro, extrajera de su fértil imaginación el magnífico, rutilante apelativo de COSTA BRAVA.

Posiblemente yo no hubiera terciado ahora en el asunto, tanto por considerar que la cosa está ya en las expertas manos de muy excelentes abogados, como porque en anteriores escritos míos publicados en este mismo semanario, algo pareceme que dejé apuntado ya respecto a la mayor o menor propiedad en el uso del nombre de COSTA BRAVA, que tanta resonancia mundial ha adquirido hoy.

Mas, requerida que ha sido mi aportación a la campaña de rehabilitación por atentísimo —sí que tal vez excesivamente protocolario— "Saluda", de neto origen "ganxó", ja no me ha sido posible sustraerme a la invitación.

Veamos, entonces: ¿Es un homenaje público a nuestro auténtico primer "descubridor" —después hemos tenido muchos, ya lo sé, pero ahora no hablamos de éstos—, a "POL", el inspirado "Bautista" —como así se ha llegado a escribir en ÀNCORA— lo que se quiere hacer? Pues, completamente de acuerdo, ¿como no? Los olvidos, si lo son, hay que repararlos, y cuanto antes mejor.

No conocí a "POL", si bien cierto vago recuerdo sí pareceme tener de él. En aquellas, ya un tanto lejanas, fechas del afortunado "bautizo", probablemente yo me dedicaría a devorar las inolvidables "Pàgines viscudes" del más inolvidable aún, "Patufet". "La Veu de Catalunya" era, pues, plato demasiado fuerte para mi adolescencia.

Pero es igual, ello no obsta para que yo deje de sumarme ahora al, un tanto tardío, coro de alabanzas que, con bríos de "vent de grop", háse levantado a favor de quien supo dar, aunque seguramente que sin ni él mismo sospechar el alcance que luego iba a tener, con un nombre tan

eufónico, como eufórico en diversos aspectos. Y conste que aún no soy propietario de Hotel, ni de la más modesta tienda de "Souvenirs d'Espagne" en ningún punto estratégico de la Costa Brava, aunque todo se andará, que "amb temps i palla..."

Bástame, para no regatear mi personal concurso a la noble iniciativa, con esto que leo en el tan evocador artículo del señor "P.R.R." (y por qué, me he preguntado yo muchas veces, cuántos para el público escriben no firman sus artículos con su verdadero y completo nombre en lugar de abusar tanto del abecedario desorientando al lector?): "Fernando Agulló amaba a Sant Feliu de forma muy entrañable". Esta es ya, para mi, ejecutoria sobrada para que le sea otorgado a "POL" el título de hijo adoptivo de nuestra ciudad, o el que más adecuado se juzgue, en justo premio a su bautismal hazaña, con la presencia hasta de solventes testigos de vista y todo, según ahora tan amablemente se nos ha informado, son reproducción, en el recuerdo, del escenario y demás interesantes pormenores de la ya histórica efemérides.

No obstante, si posible es, miremos ahora de no ser demasiado exclusivistas en la adjudicación de la herencia por "POL" alumbrada y por tantos usufructuada ya. Estoy cierto, además, de que si él viviera también lo querría así. Dejemos, pues, en un rasgo de desprendimiento que a la postre ha de honrarnos, que de la feliz idea de Fernando Agulló se beneficie, como ya lo hace, todo el trozo de litoral catalán que en las frondas ya próximas al mar, del Tordera tiene su aceptado punto de origen para ir a morir, ahito de belleza, cabe las severas escarpaduras del adusto "Cap de Creus".

Aunque, si así se quiere, sigamos haciendo constar en acta que lo que realmente "bautizó" (es un decir, claro) don Fernando Agulló con el mágico nombre de COSTA BRAVA, fue, dicho con las mismas y muy acertadas palabras del señor "P.R.R.", "esa imponente erosión que empieza en el Castellar guixolense y termina en la Vila Vella de Tossa".

Viejo y adusto aforisme es aquel de "a cada cual lo que sea suyo". Pero sí, a pesar de todo, y como háse ya comprobado en más de un itinerario de Agencia de turismo dedicada, alguien no comprendido en aquel amplio trozo de zona costera, quiere también cobijarse en casa ajena, pues... ¡que venga también!

Haremos lo que San Martín. Que siempre da, al fin, mejor resultado sentar plaza de generoso que de egoísta.

EUDARDO BARDAS PLANELLAS
(ÀNCORA, 1-12-55)

(Continuará)

CARLOS VALCARCE

MAGDALENA

ABOGADO

Civil - Matrimonial

Circulación - Penal

C/ Capmany, 40
SANT FELIU DE GUÍXOLS

Tel. 972 32 49 97

Fax 972 82 22 92

Electro Ràpid

REPARACIÓ D'ELECTRODOMÈSTICS I CALDERES DE CALEFACCIÓ

Horari de dilluns i dissabte

Tel. 972 82 28 29 - Mòbil 659 95 47 72

17220 SANT FELIU DE GUÍXOLS